

EL HERALDO GALLEGO

**LA HIJA DEL
TIMONEL**

DRAMA EN DOS ACTOS,
ORIGINAL Y EN VERSO

POR

ANDRES MURUAIS

ORENSE

IMP. DE LA PROPAGANDA GALLEGA

LEPANTO 18

1878

Obra digitalizada por José M. Ramos González
Pontevedra, 2012

PERSONAJES

María, hija del timonel Srta. Abril
 Andrés, timonel ...Sr. González
 César, Loco.....Sr. Cepillo
 D. Luis, Médico... Sr. Montenegro
 Estrella, esposa de D. Luis y ex amante de César.- Srta.
 Llorente

La escena tiene lugar en una aldea de Galicia

ACTO PRIMERO

Decoración de campo. A la derecha del espectador, la casa de Andrés, con un balcón de madera al cual se sube por una escalera lateral. A la izquierda la iglesia de la aldea. A la derecha una ermita. En medio de la escena una cruz de piedra sobre unas gradas.- Al fondo se ve el mar.

ESCENA I

don Luis, Andrés.

LUÍS.- Andrés; ¿qué tenéis, decís,
 un loco a vuestro cuidado?
 ¿Acaso ese desgraciado
 Es vuestro hijo?
 ANDRÉS.- No, Don Luis.
 Hijo de mi capitán

a quien dios tenga en la gloria.
LUIS. Pues entonces...
ANDRÉS. Esa historia
Todos aquí os la dirán,
Su padre, que gloria haya,
fue un viejo lobo de mar,
y solía descansar
del trabajo, en esta playa.
Muy niño era entonces yo
y pobre y desarropado
cual buque desarbolado
que el huracán maltrató.
Huérfano, sin pan ni hogar
a orillas del mar venía,
que en el mundo no tenía
quien me amase, sino el mar.
Para el miserable niño,
Su voz, que a tantos aterra.
Era la sola en la tierra
que le hablaba con cariño.
Era una tarde, y a solas
En la playa me encontraba
Mirando al mar, que lanzaba
Sobre la arena sus olas.
Sentí una mano posar
con rudeza sobre un hombro,
Y al volverme, con asombro
Puede al capitán mirar.
“¡Por San Telmo, mi patrón,
Me dijo, que voy creyendo
que a viejo llagarás, viendo
Siempre el mar con afición!
¿Te agrada aquel bergantín

Que allá se mueve orgulloso
Y está de surcar ansioso
Del horizonte el confín?
-¿Qué si me agrada, señor?
Mi admiración siempre fue.
¡Lástima que ahí no esté
cuando sea yo mayor!
-¿Quisieras ir en él? di;
-¡Pues ya lo creo!
-¡Pillete!
¡Desde hoy eres su grumete!-
Y en él de grumete fui.
Luego ascendí a marinero
Y perpetuo timonel;
Viviendo siempre con él
Casi fui su compañero.
Cuando el mar abandonó
También yo lo abandoné;
El se casó, y me casé
Por seguirle en todo yo.
Se fue a pique su mujer;
Naufragó después la mía,
Su César y mi María
Miramos juntos crecer.
Y al zozobrar ¡Timonel!
Me dijo; mi pobre niño
Encomiendo a tu cariño.”
Y yo, a su mandato fiel,
Cuando el niño joven fue,
Y a Madrid rumbo tomó,
Y hacia aquí otra vez viró,
Y sin brújula lo hallé,
Listo el casco recogí

Del buque que naufragaba,
Pero ya perdido estaba
Cuando un cable le tendí.
Y hoy, señor, con honda pena
El pobre César despierto
Sueña con un niño muerto.
Y maldice a una sirena.
¡En la nube debe haber,
De su vida gran tormenta!
LUIS.- Pero ¿nunca, nunca cuenta?..
ANDRÉS.- Nada he logrado saber.
Cuando vino a tomar puerto
Y áncora en la aldea echó,
Siempre triste se le vio
Y callado como un muerto.
Un día le oí hablar
Y luego a solas reír;
Desde entonces hay que oír
su incesante delirar.
LUIS. ¿Le quisierais ver curado?
ANDRÉS.- Ese es todo nuestro afán.
Me confió el capitán
En él un deber sagrado.
LUIS.- Podéis calmar vuestro anhelo.
ANDRÉS.- No me abandona la fe.
LUIS. Pronto quizás rasgaré
de su inteligencia el velo.
ANDRÉS.- Don Luis, en Dios confío.
LUIS.-Para darle inteligencia
Espero en él, y en la ciencia.
ANDRÉS. ¡Qué no naufrague, Dios mio!
(Vase D. Luis)

ESCENA II

Andrés, María

ANDRÉS.- MARÍA, buena noticia.
Échame al cuello esos garfios
De abordaje.

MARÍA.- ¡Padre! (Lo abraza)

ANDRÉS.- Pronto

Ha de borrarse el nublado
Que en nuestro horizonte había.

MARÍA.- No entiendo...

ANDRÉS.- Pues es el caso,
que tal vez César recobre...

MARÍA.- ¿La razón? ¡Gran Dios!

ANDRÉS.- El faro

Que en la noche en que navega
Necesita.

MARÍA.- ¡Cielo Santo!

Padre, por Dios, no me engañes.

ANDRÉS.- ¡Voto al alma de un corsario!

Al menos así lo cree

La fragata que ha varado
En nuestras aguas ha días.

MARÍA.- ¿Ese médico?

ANDRÉS.- ¡Pues claro!

De César ha decidido,
Por creerlo contrabando,
Alijar el cargamento
De la cabeza.

MARÍA.- Es un sabio
Don Luis, según se dice
Por el lugar, ¡Si curado

viere a César, padre mío!
¡Pobre César! ¡Pobre hermano!
Le asesina su tristeza.
Son tan horribles y extraños
Los sueños que le atormentan.
Y el infeliz sufre tanto
Con ellos, que muchas veces
Amargamente he llorado.
¿Te acuerdas? ¡ay! yo me acuerdo.
De cuando niños buscábamos
juntos, conchas en la playa,
Y por la orilla, descalzos,
Jugábamos con las olas
como gaviotas chillando,
y sobre las rocas luego
uníamos nuestros cantos
al acento grave y ronco
del mar que se mueve airado,
y al canto del pescador
que allá, lejos, muy lejano,
va a morir, donde las olas
se unen al azul espacio
luego junto a ti volvíamos
con los brazos enlazados,
una alebré barcarola
con voz vibrante cantando,
¡Ay padre! no sé por qué
de mis ojos brotó el llanto
el día que vi partir
a César de nuestro lado.
De la playa entre las rocas
en donde juntos jugábamos,
acurrucada y huraña,

la vista en el mar fijando,
apoyaba con tristeza
la frente sobre la mano,
y en mi mente tristes sueños
se seguían sin descanso.
Como sombras negras... negras...
Que la azul región cruzando
Caminan unas tras otras
Dejando flotar los mantos,
Y al alma pavor infunden
Sus contornos tristes... vagos,
Como procesión fantástica
Eran mis sueños extraños.
Al besar, padre, mi frente
Sentía el aliento helado
De aquellas lúgubres sombras.
Y al posar en mi sus labios,
Moría cual la azucena
Que del sol no siente el rayo
Y se deshoja en lo oscuro
De un lóbrego subterráneo.
ANDRÉS.- Recuerdo, pobre hija mía,
aquellos días aciagos.
Eras la góndola frágil
Reina del tranquilo lago;
Arrojada de repente
En lo inmenso del gran charco
En un día de tormenta,
Solo te alumbraba el rayo,
Y a la primera oleada
Que alzó el huracán bramando,
Sentiste en el corazón
El doloroso naufragio.

MARÍA.- ¡Es tan curioso el loco!

Cuando asido de la mano
 Le conduzco como a un niño
 Al pie de los verdes álamos
 Que sombras prestan al río,
 Los ojos en mí fijando,
 Se sonríe, y es tan dulce
 su delirio, y es tan blando
 Su acento, que se confunde
 Con el del viento que manso
 Viene a besar nuestras frentes,
 Con dulzura murmurando
 Palabras desconocidas;
 Tal vez del cielo ecos vagos.

ADNRÉS.- Hija, de un marino viejo

Escucha el consejo sabio.

Amor, es buque pirata

Que se aproxima taimado

Bello bajel de recreo

Traidor y artero imitando.

¡Ay del pobre bergantín

Que no le huya! ¡Insensato!

Copo inocente de espuma

que flotas en el remanso:

¡Guárdate del remolino

Que hacia si te atrae falso!

MARÍA.- Encuentro muy misteriosas
 tus palabras.

ANDRÉS.- Sin embargo

Han cubierto tus mejillas

De carmín, ¡voto a mil diablos!

MARÍA .- Adiós.

Es cierto que a César

Con profundo afecto amo...
Yo soy su hermana... ¿Por qué
no he de amar mucho a mi hermano?
(*Da unos cuantos pasos pensativa*)
“Guárdate del remolino...
Que hacia si te atrae falso...
¡Imposible! si mi alma
con ansia corre a buscarlo!
(*Se va*)

ESCENA III

Andrés

¡Rayos de dios! un grumete
No tiene a fe mi torpeza...
De seguro la tristeza
Por mi causa la acomete,
Ella, inocente soñaba,
y tal vez con necio empeño
quise yo turbar su sueño
cuando más dormida estaba.
¿Qué entiende del corazón
un lobo marino viejo,
Si ya de luz, ni un reflejo
ha quedado a su razón?

ESCENA IV

César

Callad, tranquilas voces echadas de misterio,
que pregonáis la historia del triste corazón;

huid, sombras que quedas dejáis el cementerio,
 Cubiertas de cenizas del viejo panteón...
 Decime: "¿Por qué, mudas, girais en torno mío?
 ¿Por qué cuando os persigo os miro deshacer,
 cual niebla del invierno que flota sobre el rio,
 Y apenas el sol brilla, se ve desaparecer ?
 ¿Con rayos de la luna tejéis vuestro vestido
 Que esparce cuando ondula, ligera claridad?
 ¿Habéis con fuegos fatuos los ojos encendido,
 Que fúnebres alumbran su hueca cavidad?
 El musgo de las tumbas traéis por cabellera....
 Carecen vuestras bocas de labios y os reis...
 Un nido de gusanos es vuestra frente hueca,
 Y con burlones gestos los huesos sacudís!
 Pero...¡Dios mío! un niño me presentáis dormido...
 ¡Qué bello es su semblante! ¡qué pálida su tez!
 En lecho de mortajas su cuerpo habéis tendido...
 ¿Por qué tienen sus miembros tan triste rigidez?
 ¿También él está muerto? De verle así me aflijo...
 Su frente blanca y pura quisiera acariciar...
 ¡Dejadme! ¡es mío! ¡es mío! ese angel es mi hijo...
 ¡El hijo que en mi seno jamás pude estrechar!
 Yo soy, yo soy su padre; en mi sangre bulle,
 Oídme, y os perdono el mal que me causáis.
 ¡Dejadme que le bese! dejadme que le arrulle
 Fantasmas que riendo a mi alrededor giráis!
 Un beso de mi hijo, un beso, y os prometo
 Marcharme con vosotros cantando de placer.
 Un beso suyo, y luego trocado en esqueleto
 La hiel de mis entrañas riendo he de beber!
 ¿Me permitís besarle? ¿Pero no veis que es mío?
 ¡Un hijo es la más bella mitad del corazón! (*Pausa*)
 Le abandonó su madre... y se murió de frio...

De noche... en una calle... oculto en un rincón,
 ¡Ah! ¡ah! su cruel madre, también es muy hermosa.
 Ella por vez primera amor me hace sentir.
 ¡La adoro! no, mentira, mi corazón reposa...
 Ha muerto poco a poco, cansado de sufrir!
 Aquí, aquí latía; mezquino por lo estrecho
 Sentía que era el hueco, que un tiempo lo encerró.
 Hoy hallo ya muy ancha la cárcel de mi pecho.
 El loco que encerraba... de pena se murió.
 ¡Mujer de negros ojos y negra cabellera,
 Tu alma aun más negra que tus cabellos es!
 ¡Traidora! tú trocaste de mi ilusión primera
 Las rosas en capullo, por hojas de ciprés!
 Tu madre es muy hermosa; mas... ¡témela hijo mío!
 Los besos de sus labios son besos de traición...
 (Pausa)
 Le abandonó su madre... y se murió de frío...
 De noche... en una calle... oculto en un rincón...

ESCENA V

César y María que entra por la derecha con un ramo de
 flores en la mano.

MARÍA.- Al fin te hallé; vamos, dí,
 ¿Por qué alejado de mi
 Quieres a veces estar?
 ¿Te causo tal vez pesar?
 ¿No me quieres, César?
 CÉSAR.- Sí.
 Te adoro, ángel protector,
 Que en mi senda de dolor

Caminas siempre a mi lado;
 Deja que a tus pies postrado
 Bendiga tu santo amor!

Se arrodilla lentamente en actitud de oración.

MARÍA.- Vamos, César, sé obediente,
 Sé bueno, y eternamente
 Te dedicaré mi amor.
 ¡Pobre hermano!

CÉSAR.- Hermana mía! (*Se abrazan, luego César la rechaza*)

Aparta, aparta, insensata.
 Mi beso te mataría.

Yo soy un muerto, María.
 Y el beso de un muerto mata!

MARÍA.- Tu corazón destrozado,
 curará mi amor eterno.

CÉSAR.- ¡Oh! no, jamás se han amado
 Un ángel y un condenado.

No baja el cielo al infierno.
 MARÍA.- Un infierno de dolor
 También al oírte siento.

CÉSAR.- Ella me juraba amor.
 (¿Por qué corazón traidor
 Fiaste en su juramento?)

Pero tú no mientes, no,
 Cuando me brindas cariño.

MARÍA.- ¡Si te quiero tanto yo!

CÉSAR.- Mas... no me vuelves el niño
 Que su madre abandonó.
 De una nube formó un velo;
 (*señalando el horizonte*)

Tras él, con pausado vuelo
 Mueve en el espacio el ala.
 ¡Ah! por el azul del cielo,
 Mira que lento resbala!
 A los últimos reflejos
 Del sol que se hunde en el mar.
 Dime; ¿no lo ves flotar?,
 Y en una nube a lo lejos
 Con roja lumbre brillar?
 ¿Ves ese horizonte que arde?
 ¡En la historia de mii amor,
 Tras de tanto resplandor.
 Súbito siguió a la tarde,
 La noche, llena de horror!
 ANDRÉS. ¡Maldita noche ¡maldita!
 Envuelto en las sombras de ella,
 Ni en que le quiero medita.
 MARÍA. ¡Y mi amor, César?
 CÉSAR. Imita
 En las sombras... una estrella.
 MARÍA.- ¡Yo te quiero tanto... tanto!
 CÉSAR.- ¡ Bendiga Dios tu amor santo!
 Mi corazón con tu amor
 Es ¡ay! un caos de llanto
 En el cual flota una flor.
 ¿Amor?... es luz de la vida!
Pausa
 ¡Miente su lumbre traidora!
 Como boreal aurora,
 De sombras viene seguida
 Luego que un cielo colora.
 Fuego fatuo que mis ojos
 Miraron con ansiedad.

De admirarte tuve antojos,
 Y de un muerto en los despojos
 Nacía tu claridad!
 ¿El amor? Luz funeral,
 Luz que con brillo infernal
 Se mira un momento arder;
 La enciende el genio del mal.
 Y la aviva la mujer!

MARÍA.- ¿Al oírle, yo no sé
 Por qué sufro tal quebranto
 Que mis ojos baña el llanto?
 ¿Por qué, Dios mío, por qué?
 ¿Por qué del amor reniega
 Causándome tanto daño?
 ¿Por qué un sentimiento extraño
 Callado al corazón llega
 Y yo a mi misma me engaño?
 ¿Será amor? Se siente horror...
 Por él le miro sufrir...
 Lo que yo siento es mejor.
 Si es amor, debe existir
 Todo un cielo en el amor!

CÉSAR.- Pero traes flores... flores...

(Fijándose en el ramo)

Yo las ansío, María.

¡Son bellas cual los amores!

¡Palidecen sus colores

Al mirarte, amada mía!

(La arrebató una flor, y se la coloca a María en el pelo, y luego la mira con admiración.)

MARÍA. Hoy de mi madre, traidor,
 Robas una flor del ramo;
 Del día al postrer fulgor,

Flores la ofrece mi amor;
Porque César... yo te amo.
Cuando el sol hunde en el mar
Su roja brillante frente
De flores cubro el altar.
Pues que por ti tristemente
Voy a mi madre a implorar.
Y si su planta bendita
Beso trémula, anhelante,
De mi llanto acaso imita
Cada lágrima, un diamante
Sobre el altar de la ermita.
Y el sol, que en los vidrios juega,
El postrer fulgor lanzando,
Huye en silencio, dejando
La pobre niña que ruega
Ante una virgen, llorando.
Y luego, sobre el altar,
Del día el primer albor
Las flores va a marchitar.
Y una lágrima a enjugar
En el cáliz de una flor.
CÉSAR.- Te engañas. Cuando la aurora
El altar, humilde dora
Las flores coge mi niño
Al padre que por él llora.
Y con infantil anhelo
Un ramo forma jugando,
Y huye rápido, rasgando
El azul que oculta el cielo,
Mientras yo quedo llorando!
MARÍA.- ¡Oh! si pudieras llorar,
El pesar que te devora

Quizás sintieras calmar.
 El llanto borra el pesar...
 ¡Llora hermano mío, llora!
(Señalando al corazón.)
 CÉSAR.- Aquí se encierra mi llanto
 Que aumenta de día en día...
 MARÍA.- (¡Hazle llorar, virgen mía!
(César se ríe)
 Su risa me causa espanto.)
 CÉSAR.- ¡Si estoy llorando María!
 Pero en mi pecho ¿no notas
 Que están ya... las fibras... rotas?
 Ya lloro... ya lloro... ¿ves?
(señalando a los ojos.)
 ¡Sangre estoy vertiendo a gotas!
 De sangre mi llanto es!
(Huye por la izquierda riendo)
 MARÍA.- ¡Madre mía! ¡virgen pura!
 Tu piedad mi labio invoca;
 Calma su horrible amargura,
 Haz que cese su locura...
 ¡O que yo me vuelva loca!
(Entra en la iglesia)

ESCENA VI.

Don Luís y Estrella

LUIS.- Tuviste, Estrella, muy feliz idea
 Al querer ocultar nuestros amores
 Bajo el sereno cielo de esta aldea
 rodeada de encantos seductores.

Aquí descansa el alma fatigada,
Abandonando su constante lucha.
Y viendo de otra vida la alborada,
Cantos de amor eternamente escucha,
Aquí en sombríos bosques juega el viento
Que luego en el pinar lanza un gemido,
Y se desata dando movimiento
A los olas del mar adormecido,
¡Amor! el ruiseñor dice cantando
Del río entre los sauces de la orilla,
Y ¡paz! responde el sol brillantando
La blanca espuma que formó la quilla;
Y el astro rey se oculta lentamente
Tiñendo el horizonte de escarlata;
Y la luna en el mar vierte un torrente
De leves rayos de bruñida plata:
Cantando amor el pescador se aleja
Cuando del sol la claridad desmaya,
Y de su amada la inocente queja
Vaga de noche en la tranquila playa,
Y el susurrar del bosque vaga unido
A los ecos de alegres barcarolas.
A los cantos de amores, y al chasquido
Del remo al azotar las mansas olas,
Y luego cuando llega la mañana,
Y de luz se reviste el firmamento,
Cual prometiendo paz, una campana
suenan en los campos con tranquilo acento.
ESTRELLA. Ridículo está el médico afamado,
Buscando en todo paz y poesía.
LUIS.- Estrella, es que mi espíritu cansado,
Amor y paz y soledad ansía.
Por ti, loco, la América he corrido

A trueque de salud, oro buscando;
 El estudio mi frente ha encanecido
 Por ti veloz mi juventud pasando.
 Hoy quiero descansar, enamorado
 Mas que nunca de ti, solo deseo
 No volveré a alejarme de tu lado,
 Que amándote, mi bien, feliz me veo.
 Pero, Estrella, tú misma has exigido
 cuando al fin regresé, lleno de anhelo,
 Que de paz y de amor labrase un nido
 De la hermosa Galicia bajo el cielo.

ESTRELLA.- Tienes razón, Luis; he deseado
 Con afán tanto tiempo tu regreso,
 Que a solas he querido y a tu lado
 Oír el eco de tu amante beso.

LUIS.- ¡Cuánto bien siento hoy dentro del alma!
 solo de nuestro amor Dios es testigo,
 Y al ver que gozo la soñada calma
 Lleno de gratitud a Dios bendigo!
(Se oye a lo lejos una campana)
 ¡El toque de oración! sonar te siento
 Como celeste voz tranquila y santa;
 Y al mirarme feliz, mi pensamiento
 Vuela de Dios a la potente planta.

*(Queda un momento en actitud de orar. César atraviesa
 la escena, y se sienta en las gradas de la cruz que mira
 a la derecha del espectador, ocultando el rostro con las
 manos y como pensativo.)*

ESCENA VII

Don Luís, Estrella y César

LUÍS.- Estrella mía, soñemos
Con nuestra ventura a solas
Mientras alejarse vemos
Empujadas por los remos
Las lanchas sobre las olas.
(*Se dirige a la cruz.*)

ESTRELLA.- ¡Un hombre! y está dormido.
(*Reparando en César*)

LUÍS.- Tal vez algún pescador
Por la fatiga rendido.
No llegarán a su oído
Nuestros suspiros de amor.
(*Se sientan en las gradas que miran al proscenio.*)

Aquí, a tu lado, gozando
De eterna calma y ventura,
Los años irán pasando,
Como brisa que jugando
El mar riza con blandura.

ESTRELLA. ¿Acaso intentas vivir
Del mundo en este rincón?

LUIS.- cansado estoy de sufrir,
Y quisiera que al morir
Se alzase aquí mi panteón.
¿Llamas vida a la que ofrece
En su inquietud la ciudad?
Todo bello aquí aparece,
Y hasta el sol lucir parece
Con más amplia claridad.
Aquí ambos podemos ser

De los pueblos el consuelo,
 Que en diamantes cambia el cielo
 El llanto que hace verter
 La gratitud en el suelo;
 Y oyendo las bendiciones
 De esta pobre honrada gente,
 Dormiremos blandamente
 Escuchando sus canciones
 Como un arrullo inocente
 Tú, tan buena como bella
 Serás siempre bendecida.

ESTRELLA. (Hoy más que nunca descuella
 su inocencia aborrecida).

CÉSAR.- Tu hijo te llama, Estrella.

ESTRELLA.- ¡Mi nombre!

(con sorpresa)

LUÍS.- Es verdad; tu nombre.

¿Qué hay en esto que te asombre?

ESTRELLA.- ¡Mi nombre! sí... lo he escuchado...

LUÍS.- Sin duda lo ha pronunciado

Soñando ese pobre hombre.

Acaso piensa en su hogar,

En su esposa y en sus hijos,

Y ya lo ves; a pesar

De sus afanes prolijos,

Suele venturas soñar.

ESTRELLA.- No sé por qué tengo miedo...

LUÍS.- ¿Tú? De tu temor me río

Pues comprenderte no puedo,

*(César se dirige a ellos y señala con el dedo a un ángulo
 de la escena)*

CÉSAR.- Donde os señala mi dedo...

Allí... ¡está muerto de frío!

ESTRELLA.- Huyamos Luis...

LUÍS.- ¿Y por qué?

¿Te causa este hombre pavor?

Por mis hijos, con temor

Yo también deliraré

Como el pobre pescador.

CÉSAR. ¿Hijos? El mío está allí

A su madre maldiciendo...

¿No le veis? Miradle... sí...

Ya no lloro... pero aquí...

Me está venganza pidiendo

(Señala al corazón)

¡Muriendo voy poco a poco!

ESTRELLA. *(Esta voz... sí... César es...)*

CÉSAR *(Dirigiéndose a D. Luis y señalando a Estrella)*

Su madre aquí está, ¿la ves?

LUÍS.- Estrella, es el pobre loco

De quien hoy me habló Andrés.

(queriendo tranquilizarla)

CÉSAR.- ¿Estrella? ¿Tú eres Estrella?

Quiero verte....

(La ase de un brazo y arrastrándola al proscenio, la levanta el rostro mirándola fijamente.)

¡Es ella! ¡Es ella!

Tu hijo... allí está... sin vida...

(Sentándola de nuevo.)

¡Miserable! ¡¡Infanticida!!

(Con profunda cólera.)

¡Tan infame... como bella!

(Con amarga entonación).

ESTRELLA.- ¡Luís!

LUÍS.- Aparta insensato.

CÉSAR.- ¡Atrás! mató mi esperanza.

ESTRELLA.- ¡Luís! (*Implorando su auxilio*)

LUÍS.- Suelta, mentecato! (*Con cólera*)

CÉSAR. Mi hijo pide venganza,

Y hoy que la encuentro, ¡la mato!

(*Ase a Estrella por el cabello y la derriba; María aparece en la puerta de la iglesia y lanzando un grito de terror, corre hacia César.*)

ESCENA VIII

Dichos y María.

MARÍA.- ¡César! (*Reprendiéndolo*)

CÉSAR.- (*Se estremece a la voz de María y cae de rodillas delante de ella.*)

María... ¡perdón!

¡Iba su sangre a verter...

¡Ángel vénme a socorrer

Y a curar mi corazón!

(*Alzándose repentinamente y dirigiéndose a Estrella que permanece aterrada de rodillas, mientras Don Luis la sostiene.*)

¡¡¡Yo te desprecio... mujer!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Una cruz . Decoración de aldea.

ESCENA I.

Don Luís, Estrella

LUIS.- El paseo ha sido largo,
Y ya cansado me encuentro;
Aquí pues como ayer tarde,
Si quieres descansaremos.
¡Ah! la salud que he perdido
Que voy recobrando siento.
Son tan puros estos aires...
Es tan alegre este cielo...

ESTRELLA.- Sin embargo deseara
Que atendieses más mis ruegos
Y abandonaremos pronto
Este país, que aborrezco.

LUÍS.- ¡Siempre esa monomanía!
¿Tan poco este pobre enfermo
Mueve tu interés? ¿Ignoras
Que halla en él solo consuelo
A la enfermedad que sufro,
Y que aquí guardada llevo?
(*Señala el corazón*)

¡He sufrido tanto Estrella!
Tú no comprendes lo inmenso
De mi dolor y mi angustia,
Cuando parece que terco

El corazón se complace
En retorcerse en mi pecho;
Y la sangre no circula,
Y falta al pulmón aliento,
Y luz falta a la pupila;
Y frío y rígido el cuerpo,
Siento que en mi frente posa
La muerte, su hálito infecto!
Aquí respiro, aquí gozo
De la salud de otro tiempo,
Aquí duermen mis dolores,
Aquí tan solo risueños
Como este país bendito,
Se tornan mis pensamientos;
Sí; alegres como sus playas,
Sus horizontes serenos
Sus valles y sus olmedas;
Y si acaso experimento
Melancolía es tan dulce
Como la de los misterios
Que atesoran sus cantares
Entonados a lo lejos,
Quizá al pie de los escombros
De los monumentos célticos...
Cual sus viejas tradiciones,
Cual sus pinares inmensos,
Sus derruidos castillos,
sus desiertos monasterios
Testigos de sus grandezas,
Fantasmas de sus recuerdos!
Y yo tengo sed de vida,
Yo por ti la vida quiero,
Y aquí la encontró tan solo,

Por ti, Estrella, el pobre enfermo
Idolatra la existencia,
Por ti vivir es su anhelo...
¡Ah! no me mates, Estrella,
Pues lejos de aquí, me muero!
ESTRELLA. ¡Aprensión! Ya de salir
De la corte me arrepiento,
Pues que tan solo disgustos
Me proporciona tu empeño
De vivir en esta aldea.
Aun ayer... ¡oh! tuve un miedo
Horrible del miserable
Que entre asquerosos denuestos
Quiso matarme! ¿Sonrías?
¡Tu sonrisa no comprendo!
LUÍS.- También yo miedo he tenido;
Pero ya pasó el acceso
Que tuvo de su locura,
Y que cure pronto creo
ESTRELLA. (*Aparte*) (¿Curar él? ¡Sería horrible!
¡Oh no será! los secretos
que en labios del loco mueren,
Vivirán en los del cuerdo!)
Pero ¿y si otro día el loco
Se dirige a mí de nuevo
Hosco, feroz e irritado?
Le temo tanto, que creo
Que si otra vez le encontrara,
Me moriría de miedo,
LUÍS.- Tranquilízate: de fijo
Hacia ya mucho tiempo
Que nadie cual tú en su mente
Despertó tristes recuerdos.

A los niños y a los locos
 Causa un doloroso efecto
 Ver rostros desconocidos,
 Y quizá en el tuyo bello,
 Creyó ver el de la infame
 Que ha sido su amor primero,
 Y le ha hundido en el abismo
 Terrible de sus tormentos.
 ESTRELLA.- De modo que a ojos cerrados
 ¿Crees tú que ha sido cierto
 cuanto forja en su delirio?
 LUÍS.- ¿Y por qué no he de creerlo?
 Hay mujeres cuya alma
 Oculta tan negro cieno...
 ESTRELLA. ¿Y si yo fuese una de ellas?
 La que a César por ejemplo...
 LUÍS.- ¡Calla, calla, que tus labios
 Mancha ese horrible supuesto!
 ¿Tú infame? tú, ¿Estrella mía?
 ¡Perdóname, oh Dios, si creo
 Que antes que la infamia en ella;
 La vería en ti primero!
 ¡Ah! si la sospecha solo
 Se albergara en mi cerebro
 De que no es tan bella tu alma
 Cual la de un ángel del cielo.
 Entonces ... al peregrino
 Que recorrió el mundo entero
 Buscando oro, de su ídolo
 Para enriquecer el templo,
 Y ante el altar adorado
 Al prosternase de nuevo,
 Al Dios que él colocara

Halla de lodo cubierto.
 ¿Qué le restará? Tan solo
 Hacer el postrer esfuerzo
 Y en las ruinas de su dicha
 Dormir el eterno sueño
 ESTRELLA.- ¿Y cómo curará el loco?
 LUÍS.- ¿Quieres saber el secreto?
 Escucha: en un frasco rojo,
 En mi gabinete tengo
 Lo que ha de darle razón
 Haciendo huir su desvelo.
 Y si con solo una gota
 Conseguiré adormecerlo,
 Con solas dos que bebiera,
 El infinito sosiego
 Alcanzará de la muerte,
 Sin que nadie del veneno
 Encontrar en su cadáver
 El vestigio más ligero.
 ¿Te he asustado?
 Perdóname, soy un necio
 En hablar de cosas tristes,
 Cuando tan solo debemos
 Acariciar como siempre
 Pensamientos halagüeños.

ESCENA II

Dichos y Andrés

ANDRÉS. El cielo quiera que siempre
 Dulce bonanza gocéis.
 LUIS.- Buenas tardes.

ANDRÉS.- Más tranquilos
podéis estar hoy que ayer.

ESTRELLA.- El loco...

ANDRES.- Sus pensamientos
mece con dulce vaivén.

Después que pasó la ráfaga
Que tan extraña fue en él.

LUÍS.- Sí, es muy dulce su carácter.

ANDRÉS.- ¡Pues ya lo creo! ¡pardiez!

El blanco rayo de luna

Que cabrillar se ve

Del mar en la superficie,

¡Trueno de Dios! nunca es

Ni tan manso como el loco,

Ni más tranquilo que él.

ESTRELLA.- Sin embargo, yo a él temo,

ANDRÉS.- Señora, no recordéis

El turbión que ayer a César

Ha hecho el rumbo perder.

¡Si vierais que sosegado,

Qué humilde quedó después!

LUÍS.- Pues otra impresión tan fuerte

Como la impresión de ayer

Y ¡quién sabe! su dolencia

Disiparía tal vez,

Y cernería la muerte

Sus negras alas sobre él.

ESTRELLA.- ¡Ah!

LUIS.- Al fin te interesa mucho

El pobre César; ya sé

Que a todos los desgraciados

Miras con vivo interés,

pero no temas; hoy mismo

De adormecerle veré,
 Pues el insomnio en los locos
 De su mal la causa es;
 Y ya que llegó el momento.
 Cuando despierte tal vez...
 ADNÉRÉS.- ¡Ah! Don Luis! si deshicierais
 Lo que esa infame mujer
 Que no conozco, hizo a César
 Que al cabo vengar podré,
 Tan solo vuestra sería
 La vida del pobre Andrés.
 ¡Dios maldiga a esa sirena
 Que para él traidora fue,
 Como el escollo que oculto
 Esperando está el bajel;
 Que viva en perpetuo invierno
 Y su eterna lobreguez.
 Odiada como las sombras
 En que ha navegado él,
 Y ni un rayo de sol halle
 Que la alegre en su vejez!
 ESTRELLA.- Os dejo
 (A d. Luis) No me acompañes.
 (Aparte) Me siento desfallecer.
 (A d. Luis) Te suplico que te quedes.
 ANDRÉS.- Señora, esa palidez...
 LUÍS.- Es verdad; ¿te has puesto mala?
 ESTRELLA. . (procurando sonreír) ¡Oh! no, me
 encuentro
 muy bien.
 ANDRÉS.- Que el cielo os guarde, señora.
 ESTRELLA.- Adiós Luís; adiós Andrés. (Se va)

ESCENA III

Don Luís, Andrés.

LUIS. ¡Pobre Estrella! la afectó
el odio que en ti se encierra.

ANDRÉS.- ¡Si nadie existe en la tierra
Mas desgraciado que yo.

la ola de mi venganza
Sigue a la de mi tristeza,
Si una llega con rudeza
La otra entonces avanza.

Airada en la oscuridad
Lánzase con furia loca:
Acomete, brama, choca
Y vuelve a la inmensidad.

Así de mi pecho es
Don Luis la eterna refriega

La ola que airada llega,
Humilde marcha después.

LUÍS.- ¡Excelente corazón!
Mas contigo entretenido
Ese viejo enfermo olvido
Que...

ANDRÉS.- Es verdad, tenéis razón.

LUÍS.- Pronto termina la tarde
Y no me detengo pues.

Hasta luego amigo Andrés.

ANDRÉS.- Señor don Luis. Dios os guarde.
(*Vase don Luis. Andrés entra en su casa*)

ESCENA IV

Estrella

No sé qué extrañas voces pregonan mi delito,
 Al par que escuchar dejan terrible maldición;
 Ni sé quien al abismo con ímpetu infinito
 Empújame en tinieblas sumiendo mi razón.
 Yo quiero que enmudezca ese inflexible acento
 Que hablando del pasado persígueme tenaz,
 Mostrando de mi crimen el fúnebre y sangriento
 Espectro pavoroso de aterradora faz.
 Si, quiero que se borren las vergonzosas huellas
 Impresas en la senda que torpe al recorrer,
 Jirones de mi honra dejando atrás con ellas
 Son hoy terribles pruebas de mi liviano ayer.
 Y bien ¿por qué vacilo? ¿por qué dudo cobarde?
 Mi crimen de hoy no es crimen, sino mi salvación...
 Sí, sí, es necesario, mañana será tarde.
 ¡Ah! calla, miserable, ¡menguado corazón!

ESCENA V.

ESTRELLA, MARÍA, con un ramo de flores.

MARÍA.- Buenas tardes.

ESTRELLA.- ¿A dónde
 la hermosa joven
 con un ramo de flores
 triste camina?

MARÍA.- Junto a mi madre
 A quien se las ofrezco
 Todas las tardes.

ESTRELLA.- ¿Tu madre?

MARÍA.- Sí, madre.

La santa Virgen.

La que calma mis penas

Cuando estoy triste.

ESTRELLA.. ¿Triste tú?

MARÍA.- Mucho.

Y cuanto menos lloro

Mucho más sufro.

ESTRELLA.- ¿Tú sufrir? ¿Por qué? Dime

Habla, hija mía.

MARÍA.- No sé, nadie lo sabe

Ni aún yo misma.

No sé que siento

En mí que poco a poco

Me voy muriendo.

Si a la playa camino,

Las roncadas olas

Parece que me dicen

Tan tristes cosas...

En ellas oigo

suspiros y lamentos,

quejas y lloros.

En la canción lejana

del marinero

Velada de la noche

Por el misterio,

No sé que noto

Que al escucharla, siempre

De pena lloro.

Todo encuentro tan triste,

Que hasta si a fiesta

Repican las campanas

De nuestra aldea,

más me entristezco

Que cuando las escucho
tocar a muerto.

ESTRELLA.- ¿Sabes la causa de esa
melancolía?

Tu amas y... ¿por qué, dime,
Te ruborizas?

MARÍA.- Señora...

ESTRELLA.- Vamos.

También conozco el nombre
de tu adorado.

MARÍA.- Os engañáis, señora

ESTRELLA. Yo te prometo

Decirlo al pronto. ¡César!

¿Verdad que acierto?

MARÍA.- Casi es mi hermano.

Y, ¿cómo no quererlo
si sufre tanto?

Si supierais, señora

Desde que vino

De Madrid, de ese infierno,

cuanto ha sufrido...

Su inmundada baba,

Una sierpe al morderle

Dejó en su alma.

A una mujer... debía

Ser muy hermosa,

Amó mucho y...

ESTRELLA.- (*Con acritud*) Conozco

Toda esa historia.

MARÍA ¿Verdad que esa

Mujer de Madrid, debe

ser muy perversa.

ESTRELLA (*Con ironía*) ¿La odias mucho, María?

MARÍA.- No; de su alma
 Deseo que Dios borre
 Las negras manchas.
 La compadezco
 Por no querer a César
 Cuando ¡es tan bueno!
 ¡Qué feliz! que dichosa
 Sería amándole!
 Envidia la tendrían
 Los mismos ángeles
 Por eso a esa
 mujer la tengo lástima.

ESTRELLA (*Con cólera y aparte*). (¿Lástima? ¡Necia!)

¿De fijo ansías mucho
 Curado verle.

Y como en otro tiempo
 feliz y alegre?

MARÍA.- ¿Yo? ¡Ah, señora!
 De alegría muriera.

ESTRELLA.- Pues oye, y toma
 (*Saca del seno un frasquito*).
 este frasquito encierra
 la medicina

Que ha de volverle pronto
 salud y dicha.

MARÍA.- Si fuese cierto...

ESTRELLA.- Por mi alma lo juro.

MARÍA.- ¡Esto es un sueño!

ESTRELLA.- Escúchame: si a César
 Que nunca duerme,
 En un tranquilo sueño
 Quedar le vieres,
 Vierte en su boca

Del licor de este frasco
Dos o tres gotas,
Que así vertidas
Con la vida devuelven
Salud y dicha.

MARÍA.- ¡Dios mío! qué alegría!
¡Ah! bien mi padre
me decía...

ESTRELLA.- El secreto
Quiero que guardes,
Que acaso tenga
Que sufrir; si no callas
Profunda pena.

MARÍA.- ¿Vos?

ESTRELLA.- Sí.

MARÍA.- Yo no adivino...
Y a más, advierto
Que nunca por mi padre
tuve secretos.

ESTRELLA.- Niña es preciso
Pues va en ello el buen nombre
De mi marido.
De sus famosas curas
El feliz éxito.
Estriba mucho en este
medicamento.

Que no sospeche
Que el secreto he vendido.
¿Me lo prometes?
Por el alma de aquella
Que fue tu madre.
Jura que nada de esto
Dirás a nadie.

MARÍA.- Juro y Dios premie
 El bien que bondadosa
(besándola la mano)
 Queréis hacerme.
*(Durante los últimos versos, César aparece en las
 escaleras de la derecha, dirigiéndose lentamente hacia
 Estrella)*

ESCENA VI

DICHAS Y CÉSAR

CÉSAR *(Riendo)* ¡Juramentos!
 ESTRELLA *(Con terror)* ¡Ah! César!
 CÉSAR.- Reírme quiero
 De cuando me juraban
 Amor eterno.
 ¡Oh, cuanto gozo
 Con mis negros fantasmas
 Riendo solo!
 MARÍA *(A Estrella que retrocede a medida que avanza
 César..)*
 No le temáis, señora.
 CÉSAR.- ¿A mí temerme?
 Di por qué, desgraciada,
 Por qué me temes;
 Si aprisionado
 Vivo por mil fantasmas,
 Siempre gozando?
 ¿Crees que he muerto?
 No, no, nunca la pena
 Mató a los necios.
 No me temas ni huyas

Porque me río
Al verme entre mis penas
Solo y cautivo.
Río y no puedo
Alegrar con mi risa
mi niño muerto.
ESTRELLA (*Aparte*) (Valor y acaso pueda
vivir tranquila,
Si, una emoción my fuerte
le mataría;
Valor, y acaso
No haga falta el veneno
Del rojo frasco.)
¿Yo temerte? No, César;
Tan solo ansío
No me aborrezcas Tanto.
Sola contigo,
Hacer pretendo
Que brote en ti la hermosa
Flor del consuelo.
CÉSAR (*Horrorizado*). ¡Tú!
MARÍA.- ¡Ah, señora,
Vos sois tan buena
Que rasgaréis de fijo
Sus sombras negras,
Mientras que triste
A la virgen presento
mi ofrenda humilde
(*entra en la ermita*).

ESCENA VII

ESTRELLA, CÉSAR.

ESTRELLA.. ¿Por qué me aborreces, César?

CÉSAR.- Aparta, me causas miedo

Fantasma vil, que no puedo

De mi memoria borrar.

Aun hoy de mí te has burlado,

Lloraba yo amargamente

Y oí tu risa estridente

En el espacio zumbiar.

A oscuras en mi aposento

Con mis recuerdos luchaba;

Solo el silencio turbaba

El latir del corazón.

Sí; en medio de la sombra

Y el silencio en que yacía

claramente percibía

Su violenta pulsación.

Acurrucado en lo oscuro.

Por la ventana cerrada,

Del sol un hebra dorada

Filtrarse de pronto vi.

Era un rayo de esperanza

Que a visitarme venía,

Quería asirle, y lucía

Flotando en torno de mí:

Tendía otra vez la mano,

Y cuando ya le alcanzaba,

Nuevamente se fugaba

Sin poderlo aprisionar.

Quise llorar, e imitando

Mi acento, oí que reías...
 Y apareciste, ... venías,
 Con mi dolor a gozar.
 ¡Qué!! ¿no te cansarás nunca,
 De hacer pedazos mi pecho?
 ¿Qué daño, dime te he hecho,
 Para mostrarte cruel?
 ¿Ni llorar mi mal me dejas!
 ¿Ves? ¡estoy sufriendo tanto
 sin que los ojos en llanto
 Viertan del alma la hiel!
 ESTRELLA.- Si a ti el recuerdo te mata,
 Yo gozo de un bien amado,
 Evocando del pasado
 La encantadora visión.
 CÉSAR.- ¡Calla! ¡calla! no recuerdes
 Aquel mentido cariño...
 Aquella noche... aquel niño
 Que expiraba en un rincón.
 ESTRELLA.- Era preciso: cien veces
 Que en aquel caso me hallara.
 Por temor le abandonara.
 CÉSAR.- ¡Cállate, genio del mal
 (*Levantándose horrorizado*)
 ESTRELLA.- Lloraba... lloraba mucho...
 Las manecitas tendía...
 Y le abandoné; debía
 Ser hallado en tu portal.
 CÉSAR. (*con profunda cólera*) ¡Calla!
 ESTRELLA.—Le hallaste muy tarde
 Y ya expirara de frío...
 CÉSAR (*Asiéndole la garganta*). ¡Calla!
 ESTRELLA.- ¡Socorro!

CÉSAR. ¡Hijo mio!
 ¡Hoy te vengo! ¡Que placer
 Es la venganza!
(Rechazándola bruscamente y alejándose).
 No, nunca;
 Yo te abandono a tu suerte,
 ¡Que hasta debe huir la muerte
 Con horror de ti, mujer!
(Retrocede bruscamente hasta el foro)

ESCENA VIII

ESTRELLA desmayada MARÍA, saliendo
 precipitadamente de la Ermita.

MARÍA.- ¡César! Dios mío! señora,
 Señora, volved en vos;
 Por Dios señora, por Dios,
 Que la ansiedad me devora!
 Vuestra mirada serena
 De nuevo fijad en mí,
 Porque al miraros así
 Me está matando la pena.
 ¿No me oís? (Por el terror,
 Se ha desmayado, vencida.)
 Volved de nuevo a la vida,
 Compadeced mi dolor,
 Y estoy sola... y nadie acude...
 A socorrerla... ¡Favor!
 Traedme pronto, señor,
 Quien a salvarla me ayude!
 El licor que me dio antes
 Para César... sí, aquí está;

(sacando del seno el frasquito)

Y para salvarla, ya

Son preciosos los instantes.

(Vierte el contenido del frasco en los labios de Estrella)

Se reanima... ¡Señora!

ESTRELLA.- ¡María!

MARÍA.- Sí, soy María

Que con honda pena, veía

Morir a su bienhechora.

ESTRELLA.- (Parece que solo hielo

Circular siento en mis venas,

Y divisar puedo apenas

El azul del ancho cielo!)

MARÍA.- ¿Os vais hallando mejor?

Viéndoos desmayada así,

En vuestros labios vertí

Tres gotas de este licor.

(Mostrando el frasco)

ESTRELLA.- ¡Qué horror! ¡Infame!

MARÍA.-¿ Os irrita

El que de él hiciera uso?

ESTRELLA.- ¡El infierno lo dispuso...!

¡Maldita seas, maldita!

MARÍA.- Hacéis que me desespero,

¡Ah! ¿por qué me maldecís?

(Andrés en la puerta lateral, D. Luis en el fondo)

¡Padre! ¡padre! Don Luís,

¡Venid, que Estrella se muere!

ESCENA IX

don LUIS, corriendo a sostener a ESTRELLA.

LUIS.- ¡Estrella! tu hermosa tez

Muestra del dolor la huella.

¿Por qué tu mejilla, Estrella

Cubre mortal palidez!

Frías tus manos están,

Y sin brillo tus pupilas

Que ha poco que en mi tranquilas

Fijabas con dulce afán.

¿Qué sientes, Estrella mía?

ESTRELLA. Que soy de la muerte presa,

Que me ha envenenado, esa...

Esa infame. (*Señalando a María*)

MARÍA.- ¡Ah! (*Cae desmayada en brazos de Andrés*)

LUIS.- ¡María!

ANDRÉS.- ¡María!

LUÍS.- ¡Envenenada! ¡Imposible!

ANDRÉS. ¿Infame mi hija? ¡Mentira!

ESTRELLA.- Mira el frasco rojo... mira...

LUIS.- ¡Ay de mí, que esto es horrible!

(*Cae arrodillado al lado de Estrella*)

CÉSAR, (*Avanzando a la escena*),

¡Rásgate, maldito velo

De mi inteligencia oscura;

Bórrate ya sombra impura

Que empañando estás su cielo;

No me abandones razón.

porque tu luz necesito

para alumbrar el maldito

fondo de su corazón!

(Dirigiéndose a la cruz)

Tú, Dios, que desde esa cruz
Contemplas mi sufrimiento,
¡Da luz a mi entendimiento!
¡Más luz, Dios mío, mas luz!
(Avanzando hacia Estrella)

Con la calumnia, no intentes
A su frente arrojar cieno,
¡Que al morir aun es tu seno
Negro nido de serpientes!
María, mi bien no creas
Que cual siempre desvarío.
¡¡Ya tengo razón!!

MARÍA.- ¡Dios mío!

(Arrojándose en brazos de César)

Dios mío! Bendito seas!
ESTRELLA.- ¡Morir! desesperación
Dame fuerzas... dame aliento
Dame calor... porque siento
frio ya en el corazón...
Los terribles pensamientos
que me amedrentan, aleja,
Que al huir mi vida, deja,
Paso a los remordimientos.
Y van llegando en tropel
En tanto que huye la vida
De la infame infanticida...
¡La liviana esposa infiel!

LUIS.- ¿Es producto del delirio,
(Dirigiéndose a la cruz)

O es un sueño horrible? Di.
Dios implacable que así
Te gozas en mi martirio!

¿Callas?

¡Callas, porque temes

Que injusto llamarte puedo!

ESTRELLA.- Luis, Luis, tengo miedo...

¡No blasfemes, no blasfemes!

Ya siento un frío glacial...

Ya la vida me abandona...

Luis, perdóname, perdona,

Porque fui muy criminal!

Quiero confesarlo todo

Al terminar mi existencia

Luis, durante tu ausencia,

Cubrí tus canas de lodo;

César me amó, y en sus brazos

Torpe y liviana caí.

Él no sabía ¡ay de mí!

Que hacía tu honor pedazos.

Vi con afán infinito

Que llegabas de repente,

Y abandoné infamemente,

El fruto de mi delito.

¿Lloras? tus lágrimas son

De perdón señal bendita...

Luis... ¡con que ansia infinita

Recibo yo ... tu perdón...

Que muero.. y lleva esculpida

Mi alma... al huir... ahora...

Esta... frase... aterradora...

¡Adúltera!... ¡Parricida!...

LUIS.- (*Con desesperación profunda*)

A mi vida de honradez.

¿Di Dios, este premio das?

¿Mas tormentos no tendrás

Con que agoviar [*sic*] mi vejez?

ANDRES.- No blasfeméis, don Luis.

Que acaso sufriendo tanto,
De Estrella, con vuestro llanto
Hoy el alma redimís.

LUIS.- ¡Ah; sí, Dios mío, perdón!

De ti a blasfemar me atrevo,
Porque con su muerte llevo
La mía en el corazón!

Si, Dios mío, perdonad

Mi necia blasfemia impía!

CESAR.- ¡Andrés! ¡María!...¡María!

De hinojos todos, y orad
Por los que un alma redimen
Con tanto sufrir que aterra,
Y por esa... que en la tierra
Halló el castigo a su crimen!

La actitud de los personajes es la siguiente: D. Luis con una rodilla en tierra, sostiene al pie de la cruz el cadáver de Estrella, el cual señala César en pie en medio de la escena a Andrés y María, que abrazada a la cruz apoya en ella la frente con profundo desconsuelo.

FIN DEL DRAMA.